

EXTRA



Del matrimonio se puede decir que vive en una crisis perpetua, desde los tiempos más pretéritos. Ya en la institución cristiana aparece como un mal menor —situación característica de estados de crisis— cuando San Pablo dice que «más vale casarse que abrasarse». Parece que en estos momentos se atraviesa por una etapa de «crisis dentro de la crisis». La intención de este número de TRIUNFO —como en sus otros números monográficos— es la de poner en manos del lector un acopio de opiniones actuales y españolas acerca del tema. Parecerá algún artículo agresivo, o excesivamente audaz, otros demasiado moderados o acriticos y, sin duda, a unos lectores parecerá muy radical el mismo escrito que a otros resulta pacato... Es, por el momento, una expresión de la riqueza crítica de la sociedad pensante española. Como aclaración de nuestros propósitos al confeccionar este número, vaya ésta: documentar al lector con la opinión de especialistas del tema —con casi mayoría de contribuciones femeninas, y no son, a nuestro juicio, de las más moderadas— sin inmiscuirnos en su libertad de juicio. ●

EL MATRIMONIO

JUAN ALDEBARAN

EL matrimonio —se dice— está en crisis. Efectivamente, no había ninguna razón para que el matrimonio fuese una excepción dentro de la cascada de crisis en que se desmenuza y precipita —¿dónde?— el mundo occidental (y se emplea aquí el término occidental en un sentido mucho más amplio, histórico y filosófico del que quiso darle la geopolítica de la posguerra). Se especula mucho acerca de esta crisis general. Se dice que esta es una época de transición, que las antiguas tradiciones judeo-greco-romanas ya no tienen vigencia, que los grandes brotes científicos han inaugurado una nueva forma de vivir y relacionarse, que es el final de una hegemonía política y militar de muchos siglos, que es la obra de perturbadores elementos disolventes... Se culpa a la biología que atenta contra el sentido divino de la vida, a la astronomía que descubrió que la Tierra y el hombre no eran el centro del Universo, a la relatividad que reveló que no había valores fijos, al psicoanálisis que cambió las bases lógicas —tenidas por lógicas— del comportamiento humano. Al tiempo que estos **SIGUE**

CRISIS DE SOCIEDAD CRISIS DE MATRIMONIO

hallazgos ayudan a la construcción de un mundo nuevo, van destruyendo el mundo antiguo. Toda especulación es, en fin, posible.

En cuanto a la agonía propia del matrimonio, las leyes generales tienen explicaciones propias. Hay algunas puramente mecanicistas. Se dice, por ejemplo, que su crisis es el fruto de un cierto beneficio, como es el de la prolongación de la vida humana y la mayor amplitud, en ella, del período de la sexualidad. Está estadísticamente comprobado que la media de la vida humana se ha prolongado hasta casi el doble de lo que era hace poco más de un siglo, en el mundo occidental; que la madurez —y, por consecuencia, la urgencia— sexual se ha adelantado —más en otros países que en el nuestro— en muchachos y muchachas y, más aún, se ha prolongado hacia la vejez, mal tronda antes como la época de la serenidad. Se calcula así que las gentes se casan antes, y que los matrimonios duran ahora —por la longevidad— por lo menos el doble de tiempo de lo que duraban antes. Se supone, por lo tanto, que la capacidad de resistencia y de aguante mutuo de dos personas que han de convivir ha sobrepasado los límites de lo tolerable. Hay quien emite la idea de que este problema se puede resolver con el «matrimonio a plazo fijo»: los contratos matrimoniales se harían por dos, tres o cinco años, renovables por acuerdo mutuo de las dos partes, sin el cual se declararían como nulos. La idea es, por lo menos, prematura para una sociedad que ve sus crisis, pero que no sabe cómo arbitrar las soluciones para resolverlas sin renegar de sus propios principios constituidos en moral.

La exaltación de la sexualidad es otra de las lanzadas al matrimonio. En el antiguo conglomerado del mundo mediterráneo se excluyó prácticamente la sexualidad del matrimonio. La esposa no era un objeto sexual, sino un instrumento de la procreación, muchas veces santificado. En el antiguo Israel, el matrimonio era «kidduchim», la santificación («el marido sustrae a su esposa del mundo como si estuviese dedicada al santuario»), y en su prolongación cristiana es un sacramento. El hombre mediterráneo antiguo buscaba la satisfacción sexual fuera del matrimonio, en algunas instituciones especializadas en ofrecérsela —la prostitución sagrada, las hetairas, incluso la amistad íntima entre hombres, el amor por los adolescentes—, pero no la pretendía directamente de su esposa, objeto santificado. (En la España renacentista italianizante, incluso la esposa llegó a gozar de una satisfacción erótica fuera del matrimonio procreador: fue la institución del chichisbeo, o sigisbeo.) No muy lejana era la mentalidad del matrimonio burgués del siglo XIX, creado sobre la base de la unión de intereses económicos, sostenimiento de fortunas, preponderancia de clases dominantes —los matrimonios endogámicos de



CRISIS DE SOCIEDAD CRISIS DE MATRIMONIO

la aristocracia— y prolongación, por la descendencia y el apellido, de esas fortunas y esas clases. La «querida» se institucionalizó (en Barcelona tuvo su época dorada a partir de su industrialización y prácticamente hasta la guerra civil).

De todas formas, a partir de un cierto momento comenzó una nueva moral, muy exaltada a partir de la segunda guerra mundial —la época de la gran ilusión—, que consistía en la unidad del «amor» —a la esposa santificada— y la sexualidad en una misma mujer. El mayor esfuerzo en ese sentido lo habían hecho las propias mujeres, temporalmente emancipadas como consecuencia de la guerra —los «trabajos auxiliares» las habían llevado a puestos hasta entonces reservados a los hombres, que se habían ido a los frentes de batalla y que estaban diezmados—, y encontraron su apoyo en las instituciones sociales superiores, que siempre habían tendido a dominar los canales de la satisfacción sexual. La prostitución fue prohibida —nunca se ha conseguido totalmente—, la «querida» cayó de su pedestal y fue equiparada a la prostituta; el matrimonio comenzó a aparecer en la vida pública en lugares que hasta entonces habían estado reservados para hombres solos...

Pero, casi simultáneamente, una serie de dudas comenzaron a aparecer y a minar esta nueva unión. Si antes había un disociación entre «amor» y «sexualidad», apareció ahora otra disociación, probablemente más disolvente, entre «sexualidad» y «procreación». Era la explosión con retraso de una bomba —aplazada por las guerras y otras preocupaciones— que había sido depositada por los sexólogos —Havelock Ellis, Freud, Westermarck...— y continuada por sus sucesores —Kinsey, Master y Johnson—. La «sexualidad» aparecía como una fuerza en sí —llámese «libido», llámese «orgón»— que resultaba ser una especie de medio de comunicación general del ciudadano con la Humanidad, de exaltación del propio cuerpo, y aparecía como sin relación ninguna con lo que hasta entonces se determinaba como esencial, la progenie. La multiplicación de los medios anticonceptivos —creados, en un principio, con la intención política de contener la demografía, especialmente en el tercer mundo— facilitaba mecánicamente esta disociación. Simultáneamente aparecía la reclamación de la mujer al placer sexual —tenido hasta poco tiempo antes como inconveniente, faltar de sentido y hasta inmoral dentro del matrimo-

nio—, que fue llevada —sobre todo en los Estados Unidos— hasta exageración y una mitomanía, la «mita del orgasmo», creaba una ansiedad en aque- que no creían sentir la intensidad o la cantidad que exageraban las compañeras o sus lecturas; es decir, que la mujer había caído firmemente en la trampa tendida de siglos atrás en el hombre por mito de la virilidad en cuanto capacidad olímpica para el sexo. La «frustración típica del hombre —del marido— al correr su propia realidad fisiológica anatómica con la gran leyenda de la virilidad encontró compañera la gran frustración femenina de la frigidez. Repito que este problema se presentó muy especialmente en los Estados Unidos, de la época posterior a Kinsey, pero la terrible fuerza de irradiación cultural de los Estados Unidos proyectó la situación y las frustraciones por todo el campo occidental (y ahora sí conviene utilizar este término con el descriptivo del imperio de influencias de Estados Unidos). Estas frustraciones tienen una gran capacidad transitiva. La hembra cul al macho, el macho culpa a la hembra de sus frustraciones sexuales.

Los sexólogos, los psiquiatras simplemente los médicos con mentalidad de las llamadas «abiltas» suelen responder a quien queja en su consulta de impotencia o de frigidez una frase ya típica: «Cambie usted de pareja». Se ha comprobado en la realidad que un cambio de pareja, a veces solamente transitorio —una «aventura»—, pueden restaurar o restablecer una virilidad o una femineidad perdidas, e incluso regresar luego a la situación de pareja estable —al matrimonio— con sexualidad renovada. ¿Por cuánto tiempo? Pero no es solamente eso. ¿Es siempre posible «cambiar de pareja»? ¿Está la sociedad preparada para esta alteración de sus reglas? Indudablemente, no. Los consultores que dan estos consejos no hacen más que quitarse el problema de encima y colocar como un drama más a su sufrimiento consultante, como los que recomiendan «cambie de vida», «cese de fumar», «no se lleve disgustos de una manera oracular e inaplazable. Master y Johnson han llevado un poco más allá el tema. No sólo dan un consejo, sino que realizan una terapéutica que consiste en proporcionar al atribulado o atribulada un compañero —voluntario o de pago— que les resuelva el problema. La ley ha intervenido y en esta especialísima terapéutica la sociedad sigue sin estar preparada para estas soluciones.

El «cambio usted de pareja» es una relación muy estrechamente con la idea del cansancio del matrimonio como consecuencia de las rupturas prematuras y de la prolongación de vida. Cabe preguntarse si no sería más eficaz, en el supuesto de que la prolongación de la célula matrimonial se considerara indispensable, estudiar por qué el matrimonio produce esas frustra-

ciones y esa fatiga, desde el punto de vista sexual (hay otras de otra índole, como la proyección de la irritabilidad y la agresividad social y de las frustraciones no sexuales sobre el cónyuge, en lo que hemos dado en llamar «la dificultad de la convivencia»), y cómo se podría evitar. La idea del «matrimonio a plazo fijo» puede ser la solución de un síntoma en las sociedades que lleguen a adoptarla, pero no la resolución de la enfermedad matrimonial. Parece que una de las razones principales es la falta de información sexual. La creación del mito de virilidad y femineidad pertenece indudablemente a esa falta de información realista producida por el silencio tradicional de los medios de información acerca de los temas sexuales y, por lo tanto, el abultamiento propio de la transmisión de información oral (lo mismo que en la política, el bulo mitifica aquello que la censura pretende silenciar). Pero hay también una ignorancia real en el simple uso de la sexualidad. Cuando se habla —quizá con cierta nostalgia de una época de estupidez— de que hoy «los jóvenes no tienen ya nada que aprender», se está hablando de una cierta «élite», con el error tan frecuente de confundir una punta minoritaria de la civilización con la totalidad de ésta. La realidad es que las consultas de los facultativos más o menos especializados en estas cuestiones están repletas de casos de ignorancia sexual absoluta en matrimonios. No son sólo las mujeres —depositoras ancestrales de la ignorancia—, sino muchos hombres quienes acuden al matrimonio completamente ignorantes de las prácticas sexuales. Los encuentros con prostitutas, también truculentas transmisoras de una fantasía verbal tradicional; los actos incompletos o fugaces, en la clandestinidad y la incomodidad, con algunas compañeras temperamentales —o simplemente cazadoras de matrimonio con más audacia que otras— les han dado una falsa noción de saberlo todo. Y aun así, hay que contar con que los anales de los consultores se refieren también a una «élite» o una segunda capa de minorías; la gran mayoría de los ciudadanos guardan en el silencio y la nocturnidad de sus alcobas ignorancia y frustración, no se lo comunican a nadie. Pero son luego ciudadanos peligrosos, irritables, inestables o agresivos. Y conducen a la crisis del matrimonio.

En este sentido, los manuales de iniciación sexual, que con diversos títulos se están multiplicando en estos días, son de considerable ayuda. Una inmensa mayoría de ellos son comerciales, hipócritas, conservadores, ñoños, mal escritos, incompletos, conformistas: aun así, encierran algunas verdades esenciales y son mucho mejores que el silencio que les precedía.

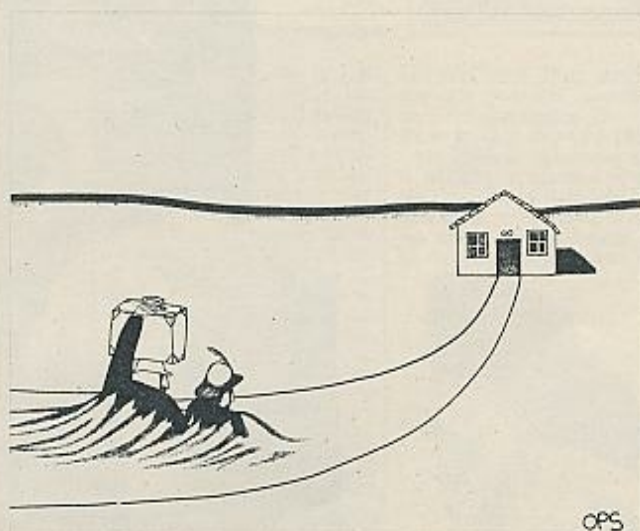
Estas nuevas nociones de la función matrimonial aparecen simultáneamente con la conservación de las viejas tradiciones y de las tensiones sociales. El matrimonio si-

que siendo una transmisión de bienes y una administración de la sociedad futura. Las contradicciones internas, el sistema vectorial de fuerzas opuestas lleva a la institución a un punto grave. Ha aparecido en los matrimonios el «miedo a los hijos», y no solamente como carga económica —que ese es un problema antiguo— o como hipoteca de libertad, sino como miedo auténtico y real del nuevo desafío a la autoridad parental que desarrollan las nuevas generaciones. El miedo antiguo de «criar hijos para la guerra» se ha convertido —sin que el anterior se descarte— en el de criar hijos asociales de cuya asocialidad —si realmente se la puede llamar así, y no simplemente creer que son el germen de una sociedad «otra»— los estamentos más rígidos suelen hacer culpables a los padres, y no sólo de una manera moral, sino subsidiaria.

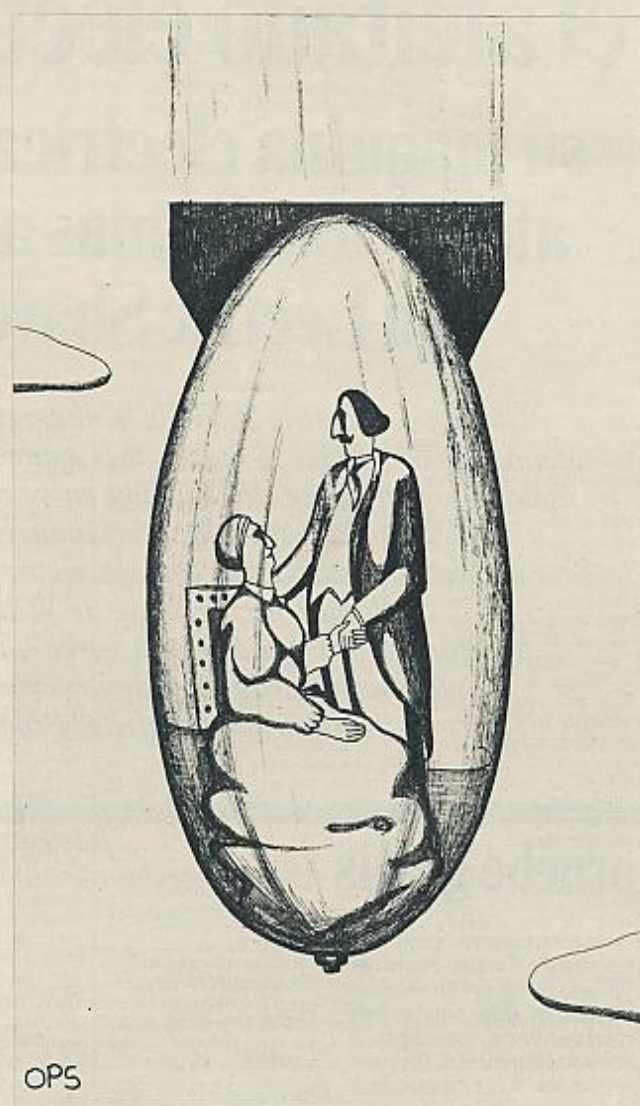
Dentro de la crisis general de Occidente está la imagen de otras sociedades, y ello afecta muy especialmente al matrimonio. De la misma forma que el hombre dejó de creerse centro y eje del Universo, la raza blanca y el ciudadano de Occidente, con la pérdida de su hegemonía moral —aunque se esté prolongando por otros medios— ha dejado también de creerse el único poseedor de la verdad. De esta forma, su imagen del matrimonio como cima máxima de lo posible se tambalea también. Se admiten —y no ya como bárbaros— otros grupos sociales donde las formas de matrimonio son distintas: poligamia o poliandria, ciertas formas de incesto, costumbres sexuales prenupciales, intercambio de esposas, cohabitación común o matrimonio de grupos, nos hacen comprender otros contextos sociales donde lo que nosotros teníamos por aberrante es considerado como moral y normal. Incluso la nueva zoolofía que trata de buscar ciertas claves del comportamiento humano en el comportamiento animal sirven para atacar el concepto occidental de matrimonio y familia, de lo tenido como ortodoxo hasta ahora con ayuda del falso concepto de lo «natural», de lo que está contenido en «leyes inmutables» —que ya sabemos que no lo son— de «la Naturaleza» —que ya sabemos no existe en forma de código—.

Es prácticamente imposible separar el tema de la crisis del matrimonio de otros temas de la crisis general de una sociedad que busca formas de renovación. Evolucionará en tanto que evolucione el concepto general de la sociedad. Si aceptamos que algo tan aparentemente alejado del tema matrimonial como es la profilaxis, la terapéutica y la prolongación de la vida humana ha tenido una incidencia tan profunda como la señalada al principio, podemos pensar que precisamente por el concepto de célula primaria, original y primordial de la organización que le confieren leyes y costumbres, el matrimonio recibe todas las incidencias posibles en las constantes mutaciones del contexto. ■ J. A.

OPS



OPS



OPS